

## MANUEL ROJAS, PRIMER ANARQUISMO. RECUERDO Y RELATO

Jorge Guerra C.  
Fundación Manuel Rojas  
jorgeguerracarreno@gmail.com

*Tengo una formación ideológica socialista, más bien dicho, una formación anarquista, formación que no he olvidado nunca, por más que las circunstancias de la vida y de mi vida me hayan reducido al solitario trabajo de escritor (Manuel Rojas, 1968).*

Pocos meses antes de morir, Manuel Rojas retomó el recuerdo de su infancia y juventud emprendiendo una nueva escritura sobre aquellos años. En la reedición de *Imágenes de infancia y adolescencia* (2016), se incluyó la mayor parte de esa época revisitada<sup>79</sup>. Sin embargo, escurando en algunos manuscritos de Rojas, encontré otros episodios, algunos contenidos en sus novelas, que hablan de momentos y, especialmente, de ciertos personajes que aparecen develados ahí como seres de carne y hueso<sup>80</sup>. Pero más allá de esa constatación, que no es nueva para quienes conocen o han estudiado su obra, llaman la atención algunas reflexiones del autor sobre el pensamiento anarquista a partir de una síntesis de los postulados que él considera como los más relevantes. Destaca también la denominación dada al periodo de su vida iniciado luego de cruzar la cordillera y llegar a Santiago, el 29 de abril de 1912, y que llama el comienzo de “La Gran Aventura de Chile”, cúmulo de experiencias, sabores y sinsabores que, confiesa, solo terminará con su muerte.

En el prólogo de la edición de *Imágenes*, señalamos que la escritura de su niñez se habría iniciado el día de la muerte de su madre y agregamos que, desaparecida la

---

<sup>79</sup> Esa edición completa lo que se había publicado hasta entonces a partir de varias carillas mecanoscritas que, por alguna razón desconocida, no habían sido incluidas con anterioridad.

<sup>80</sup> Estos manuscritos están en uno de los cuadernos escolares que Rojas usaba para sus primeros borradores. En él se encuentran casi una treintena de artículos y crónicas de variados temas: recuerdos de viajes, episodios en La Habana, costumbres del sur de Chile, comentarios de libros, etc., muchos de los cuales se publicaron en *Clarín* en el período 1971-72. La escritura de parte de sus años de niñez y juventud ocupa 140 páginas de las 190 del cuaderno. Documento 06-01-18-01. Archivo Manuel Rojas, CELICH UC.

única testigo de aquellos hechos, el mecanismo para evitar el olvido es la escritura de esos recuerdos. Este recurso, escribir para no olvidar, será reiterativo en Rojas, como también lo será la revisitación de ciertos momentos de su vida. Por eso, la operación arqueológica que señalara Benjamin nos parece certera<sup>81</sup> y se ajusta a esta acción, en cuanto se escarba la tierra para extraer de algún sustrato lo que interesa, pero no como una pieza u objeto desprovisto de su entorno, sino incluyendo el contexto que la contiene y que es parte constitutiva. Para filtrar lo extraído, con el cedazo se dejará pasar lo que interesa de acuerdo al tamiz que elija el arqueólogo. Cada vez que Rojas “hundió la pala” en el mismo terreno, en la misma época que quería recordar, el material que extrajo tuvo mayor espesor y materia. Luego vendrá la presentación de esos recuerdos en el texto y de eso también hablamos en aquel prólogo, señalando que, ante la tentación de idealizar su imagen, Rojas habría optado finalmente por mostrarse “sin retoques ni maquillajes”<sup>82</sup>.

Como el arqueólogo de Benjamin, que escarba una y otra vez en el pasado, en estos manuscritos Rojas refiere sus primeros asomos hacia el “horizonte anarquista” (Harambour 2005) y la intención de este texto es indagar en aquel primigenio momento y el desarrollo que siguió su pensamiento. Una militancia que evolucionó y se adaptó al ambiente político y social; un proceso en el que Rojas, hombre de múltiples oficios, buscó ocuparse en trabajos que le permitieran continuar su militancia de acuerdo a las circunstancias de la inestable vida de aquellos años. Esta revisión prescinde de sus años en Mendoza, 1910 a 1912, donde toma contacto directo con militantes anarquistas que lo introducen en algunas lecturas ideológicas. Este nuevo tipo de literatura le provoca, a temprana edad, más deslumbramiento –hasta ese momento solo leía folletines y novelas de aventuras– que adhesión a las ideas ahí contenidas. En todo caso la atmósfera libertaria está presente desde su niñez, ya que hay indicios de que su madre, Dorotea Sepúlveda, mujer de carácter fuerte y severo, era, al menos, simpatizante anarquista<sup>83</sup>.

---

<sup>81</sup> “Quien trate de acercarse a su pasado –señala Benjamin–, debe comportarse estrictamente como un hombre que excava. Eso determina luego el tono, la actitud del auténtico recuerdo, que no teme volver constantemente, una y otra vez, al mismo estado” (42-43).

<sup>82</sup> En aquel prólogo, señalamos que Manuel Rojas inicia la publicación de aquellos recuerdos con “Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo” (1932), le siguen *Imágenes de infancia* (Babel, 1955), *Imágenes de infancia y adolescencia* (Zig Zag, 1983) y finalmente la edición póstuma de Tajamar, en 2016.

<sup>83</sup> El incesante nomadismo que caracteriza la niñez y parte de la juventud de Rojas por Buenos Aires, Santiago, Rosario y Mendoza es siempre de la mano de su madre viuda y, por los tipos de residencias y ambientes que consigue, podemos suponer con certeza que es gracias a una red solidaria anarquista.

## LA AVENTURA CHILENA Y EL ANARQUISMO

Este escrito se inicia con el comienzo de aquella “Aventura chilena”, que determina una vida incierta y desprovista de horizonte y a la que Rojas ve coincidente con la de todos los jóvenes de su condición, no solo los de aquellos años, sino los de todos los tiempos:

nadie habría podido predecir, dado mis antecedentes de toda índole, cómo se desarrollaría la vida de un adolescente pobre, sin educación, sin familia, en un país desconocido y, lo que es peor, sin dotes visibles y con una apariencia más bien un poco inquietante, y creo que esa es la situación de los adolescentes de mi condición: ¿qué será de él?, ¿aprenderá, y cómo, un buen oficio?, ¿será un borracho, un ladrón, un vago? Imposible decirlo y lo más probable, salvo excepciones, sea cualquiera de las cosas que se sospechan. Por mi parte, no me importaba mucho lo que sería e igual cosa les ocurre a todos los adolescentes que salen de las clases más pobres de Chile y de cualquier país de economía capitalista. Hay que vivir, como se pueda, es decir, mal. ¿Hasta cuándo? También hasta que se pueda (Rojas 06-01-18-01).

A partir de ese momento la deriva y el desamparo condicionan al joven Rojas. Con apenas 16 años, llegaba a una ciudad prácticamente desconocida, sin amigos ni familiares a quienes recurrir, refugiándose en la pieza de un conventillo de dos pe-luqueros anarquistas que había conocido en Mendoza y que afinaban los detalles del mitin para recordar el 1º de mayo. Recién llegado, Rojas es elegido para llevar una pancarta con la frase del escritor y Premio Nobel Anatole France “El Ejército es la escuela del crimen”. Desde ese momento comienza a integrar una comunidad solidaria, la “ayuda mutua” de Kropotkin, que aspira a abolir el Estado y la propiedad privada pues “la propiedad es un robo”, decía Proudhon. Un grupo que conocía precariamente el pensamiento libertario y que parecía moverse más por el entusiasmo o la esperanza voluntariosa de un futuro mejor que por verdaderas convicciones. El futuro escritor lo advierte, toma distancia y desconfía del manejo y conocimiento que sus compañeros tienen de las ideas que difunden. Todas las tardes de domingo, en el barrio Matta, se reúnen en una casona de aire colonial donde funciona el Centro de Estudios Sociales que lleva el nombre de Francisco Ferrer –ideólogo y educador que fue condenado y ajusticiado en Barcelona–, a escuchar peroratas de dudosa erudición, discursos vehementes, borboteantes de palabras cuyo significado no conocen a cabalidad:

Eran individuos sin preparación suficiente, ni siquiera mediana, no dominaban ni las ideas ni el lenguaje necesario para tratarlas y expresarlas, y, además, padecían de obsesiones: eran individualistas o eran comunistas, o sea, querían que todo fuera común o querían que cada uno tuviera lo suyo, sin oponerse a que los

otros lo tuvieran, y sobre esto, que era tan sencillo como pelar papas y que todos sabíamos, enhebraban farragosos y confusos discursos (Rojas 06-01-18-01).

Desde la puerta de ese reducto anarquista lo divisa por primera vez José Santos González Vera: “Un hombre alto, con los hombros inmóviles, la cabeza inclinada y los brazos oscilando sin voluntad, atravesaba diagonalmente la calle” (7). Viene cruzando la calle con paso seguro, con una pariencia y estampa heredada, sin duda, de sus años bonaerenses que lo hace destacar entre las figuras rústicas y descuidadas de los demás. Desde ese momento surge una amistad eterna ente ambos, una hermandad que solo se apagará con la partida definitiva de José Santos en 1970.

Rojas no quiere quedarse atrás, lee obsesivamente y también escribe poemas que hablan de desamores cuando todavía no conoce de desengaños sentimentales, de princesas más desconocidas aún y de la muerte que sí conoció en el cuerpo de su padre ya sin vida en el depósito de cadáveres del Hospital San Vicente, cuando apenas tenía cuatro años. De vez en cuando, en el Centro de Estudios, recita sus tempranos poemas o lee un escrito inspirado en alguna de sus lecturas y diserta, por ejemplo, sobre la idea de Patria, alejándose de los cánones oficiales y geopolíticos imperantes. El planeta está poblado de regiones y no separado por fronteras que los políticos obligan a defender enviando a la guerra a un pueblo joven y desvalido. Sin saber muy bien de qué se trata, acepta el cargo de redactor en *La Batalla*, periódico quincenal anarquista dirigido por el mueblista catalán Moisés Pascual Prat de quien Rojas conservará un banco carpintero donde entrenaba su destreza manual con cepillos, formones, serruchos y garlopas; (“Si hubiera sido ebanista, –dijo alguna vez–, habría fabricado algunos muebles muy bien acabados. Fui escritor, y he procurado escribir de esa forma” (Rojas, *La prosa* 115)) y envía breves notas sobre las acciones de los grupos anarquistas locales a *La Protesta*, prestigioso diario bonaerense de igual tendencia que circula hasta hoy. Son las primeras incursiones literarias del joven Rojas, todavía en formación, “incompleto”, como definirá años después a su alter ego Aniceto Hevia y donde el camino de la literatura era una posibilidad más junto con otras tantas.

Años después, muchos de los personajes de Rojas, empujados o atenazados por las circunstancias, harían ese tránsito, al parecer irremediable, una mutación que los situaba desde el desamparo en directa oposición con las formas del capitalismo<sup>84</sup>. Ahí

---

<sup>84</sup> Ignacio Álvarez señala como uno de los rasgos de los personajes de sus obras, la incorporación de estos en colectividades solidarias que buscan superar la condición de marginalidad y proponer un orden distinto al establecido. La pregunta con que se abre *La oscura vida radiante* –“Y ahora, ¿qué hacemos?”–, expresa, según Álvarez, la idea de una comunidad de individuos que comparten un desamparo y, juntos desafían e interpelan, a las instituciones de una nación que no los representa (123-128). Grínor Rojo refuerza esta idea a partir del modo paradigmático antisistémico en que viven los protagonistas de *Hijo de ladrón*: Aniceto,

mismo se sitúa Aniceto Hevia - Manuel Rojas en el camino que emprende en *Hijo de ladrón* (1951) y que culmina, veinte años después, en *La oscura vida radiante* (1971).

Rojas se insertaba en un ambiente al margen del orden social, político y religioso predominante, en una comunidad opositora a ese orden, dispuesta a contravenirlo, más por las malas que por las buenas. Mientras tanto busca en qué ganarse la vida y se ocupa en una carrocería, por allá en la Alameda, más allá de la Avenida de La República. Calesas, berlinas y cabriolés pasaron por las manos del aprendiz de pintor de carrocerías. De espalda en el suelo, empapado hasta el codo, apomazando el vientre de un carruaje, mientras a su lado Teodoro Dúctil, un anarquista español y miope apodado *Fiolín*, trata de convencerlo de que el esperanto es la lengua del porvenir, única y universal<sup>85</sup>.

Merodeaban también por ahí algunos pintores pobres, derrotados por las noches de bohemia y agrupados alrededor del maestro Álvarez de Sotomayor: la llamada *Heroica Capitania* del año 13, integrada, entre otros, por Exequiel Plaza, Pedro Lobos, Andrés Pachá Madariaga, Abelardo Pashin Bustamante y Arturo Gordon, algunos de ellos cercanos a las ideas anarquistas. En alguna parte habría quedado un retrato de Rojas a cargo de Exequiel Plaza, una tela que fue olvidada o repintada por Plaza para iniciar otra por encargo: la necesidad era más importante y urgente y se perdió la inmortalización del escritor en manos de uno de los grandes talentos de ese grupo.

Convive, más por inercia y por necesidad de compañía que por convicción, con compañeros que, emulando a las bandas francesas, planean asaltos a mano armada para expropiar, porque de eso se trataba, de expropiar y no de robar recursos para la causa libertaria, participando en la preparación de explosivos que llevarían a la cárcel a algunos. Una noche huye de la policía hacia Valparaíso donde se encontraría con un murmullo poderoso, incesante y desconocido: “¿qué será ese rumor?, no había nadie a quien preguntarle, hasta que amaneció y pude ver cómo surgías entre la neblina, haciéndote de a poco, y como para mí, primero un cerro, luego otro, una quebrada, otra, y pude ver y conocer el mar [...], que no había conocido antes” (Rojas, *A pie...* 157). Son los mismos compañeros con quienes se gana la vida pintando casas en el otrora

---

El Filósofo y Cristián, un “vivir con los otros de una manera que no es la que el orden social establecido recomienda y espera” (19-20).

<sup>85</sup> Luego se trenzarían en una disputa intelectual sobre la función del Arte. Rojas, postulaba el arte con un valor en sí mismo, sin segundas intenciones; Dúctil lo entendía en función del discurso libertario con el propósito de ayudar en la construcción de una sociedad justa para todos. El texto de Rojas se titulaba “Algo sobre Arte” (*La Batalla*, 2ª quincena, mayo 1913). En el mismo periódico Dúctil refuta esa opinión con el escrito “Mi concepto de Arte” (2ª quincena, noviembre, 1913). Ver Guerra (2012).

exclusivo balneario de Cartagena. Las mismas manos que dosifican la gelinita son las que blanquean al albayalde muros, cornisas y balaustras de palacetes de la costa central.

## OFICIOS PARA LA MILITANCIA

Pero había algo más en el joven Rojas, una mezcla de inconformismo y auto superación que lo llevó a buscar otros caminos y fue el mundo del teatro obrero el que le ofreció otras formas de militancia. El arte dramático era un modo distinto de difundir ideas, de seguir conviviendo con individuos de igual condición, pero que veían en el arte una oportunidad para desarrollarse y expresar, desde su situación, una denuncia, una aspiración, una lucha que los hiciera sentirse parte de una comunidad. La del teatro era un buen refugio y ahí fue a parar Rojas que, desde el lugar del consueta, a ras del escenario y de espaldas al público, recordaba los parlamentos, atento al trastabilleo de actores y actrices principiantes o aficionados que buscaban el talento y fuerza suficientes para decir las palabras que Antonio Acevedo Hernández escribía con fervor y rabia. “Luz y Armonía” y “Amanecer” se llamaban esos grupos o compañías, también “La Dramática Nacional”, donde acudieron González Vera, Gómez Rojas y el actor Juan Tenorio Quezada. Era la construcción de una vida distinta o similar a la que tenían, a la que todos aportaban con sus talentos: los carpinteros y pintores con el decorado, los eléctricos con las luces, las costureras con el vestuario y así inventaban una realidad pasajera que duraba treinta o sesenta minutos.

El oficio de apuntador era un trabajo quieto, que obligaba a estar detenido y atento, en contraste con sus oficios anteriores, a cielo descubierto y en continuo desplazamiento. Más tarde vendrían las giras por el país, e incluso por el extranjero, en jornadas aventureras, llenas de sacrificio y con lo justo para vivir. También llegaría la publicación de una de sus poesías. En 1917, Rojas se encuentra con el poeta y crítico Ernesto Guzmán quien le pide un poema para una breve antología que prepara bajo el alero y la tutela de Los Diez, esa cofradía de intelectuales aristócratas liderados por Pedro Prado. De improviso, y en un papel cualquiera, Rojas escribe de memoria el soneto “Gusano”, que finalmente será incluido en esa selección. Con el tiempo será uno de los poemas más antologados de nuestra literatura<sup>86</sup>. Sus versos responden a su ideario libertario, la autoformación insubordinada y, esencialmente, libre, la esperanza

---

<sup>86</sup> También ese año fue mencionado en *Selva lírica*, antología mayor y frondosa como su nombre, ubicándose en el grupo de los que “repechan por vestir a la moda, pero sin que hasta ahora logren posesionarse de ésta en toda la amplitud de su significación”. De Rojas se dice: “salió de la obscuridad de los barrios arrabalescos y de un golpe se conquistó un puesto honroso entre nuestros líricos jóvenes. Despunta como un poeta delicado y cuidadoso de la forma” (471).

de un mundo mejor construido en la tenacidad y constancia. Alentado y aconsejado por el joven poeta José Domingo Gómez Rojas, de aires tan revolucionarios como enigmáticos, escribe en cuanto papel le pueda servir a ese propósito y se pasa días enteros en la Biblioteca Nacional devorando todos los títulos que le sugieren sus amigos más ilustrados<sup>87</sup>.

Atrás fue quedando su participación en los mitines y desfiles anarquistas que cruzaban el centro de Santiago, desafiando los lugares y los símbolos del poder político, financiero y religioso, para llegar al otro lado del Mapocho, al territorio familiar y protegido de la Chimba, donde descargaban sus encendidas palabras los oradores más avezados. Ahí, sobre una tarima improvisada de cajones fruteros, vociferaban los más elocuentes como Armando Triviño, Julio Rebosio y Augusto Pinto, y los no tanto como Víctor Garrido, Manuel Silva y Ernesto Serrano. Se fueron alejando las voces revolucionarias que entonaban “Hijos del pueblo te oprimen cadenas” o versos dolidos como “Canto a la tierra triste”<sup>88</sup>, del cigarrero y poeta Pancho Pezoa, sones y cantos que no se apagarán completamente. ¿Serían esas voces las que lo alentarían hacia el final de sus días y mantendrían viva su energía revolucionaria?

Manuel Rojas recolectaba escasos pesos por aquí y por allá que apenas le permitían pagar las piezas de conventillos que heredaba de compañeros que iban y venían o desaparecían para siempre. Hasta que José Santos le ofrece compartir la suya, aliviándole el bolsillo. El ambiente político se intensifica y los sectores medios y bajos de la sociedad comienzan a manifestarse aliados contra el poder oligárquico.

A fines de 1918 la precariedad se convierte en incertidumbre. En diciembre de ese año se dicta la Ley de Residencia, o “Ley Jaramillo”, que permitía la expulsión del país de todos los extranjeros que promovieran ideas contrarias al orden establecido. El arcabuz de la justicia apunta a anarquistas y socialistas y como Rojas no tenía sus papeles de nacionalidad en regla –recién, a fines de los años 30, adquiriría la nacionalidad chilena–, temió ser deportado a la Argentina y ahí enviado a los gélidos calabozos de Ushuaia. Había que permanecer inmóvil o moverse de otra manera para no tentar a la pesada mano de la justicia y entonces busca otro refugio y se hace linotipista. El concentrado trabajo nocturno de un obrero gráfico lo apartaba de la revuelta callejera, de reuniones y conspiraciones clandestinas. Había otras formas de lucha y Rojas participaba en ella escribiendo artículos que aparecían en *Numen* y *Verba Roja*, dos de las publicaciones anarquistas más leídas. Y así permaneció hasta

---

<sup>87</sup> Sobre la importancia de la lectura en la formación intelectual de la militancia anarquista ver Lagos (2013).

<sup>88</sup> Francisco Pezoa, poeta y amigo de Rojas, escribió *Canto a la Pampa* donde recordaba la masacre de Santa María de Iquique (1907). Se cantaba con la melodía de la canción *Ausencia*, pieza popular en esos años.

que la “juventud dorada” conservadora y las llamadas “ligas patriotas” empezaron a asaltar y saquear los reductos considerados subversivos<sup>89</sup>. El llamado “Terror Blanco” hace de las suyas mientras la policía mira para otro lado. Un par de veces le tocó a la sede de la Federación de Estudiantes y también a la imprenta Numen donde trabajaba Rojas. Luego vino la persecución oficial y empezaron a caer los líderes: los hermanos Gandulfo Guerra, Soto Rengifo, Alfredo Demaría, Juan Chamorro y Santiago ‘Cojo’ Labarca, quien logró escapar, pero no así el poeta Gómez Rojas.

La confrontación iba en aumento. En 1919, un par de generales descendientes de ingleses hicieron lo suyo y prepararon un alzamiento militar que no se concretó porque fue denunciado y aplacado antes de que se consumara. Por su parte los jóvenes instruidos de la clase media, agrupados en la Federación de Estudiantes, se ubicaron al lado de las aspiraciones obreras y usaron sus medios para escribir proclamas en pos del ascenso de un poder nuevo, que se ocupara de una vez de las aspiraciones de los más desposeídos. Se aproximaba una nueva elección presidencial y el nieto de un inmigrante italiano llamado Arturo Alessandri parecía encarnar algunas de aquellas aspiraciones. Hasta que los disparos se sintieron más cerca y José Santos enrumbo para Temuco donde se encontraría con su amiga Gabriela Mistral. Por su parte Manuel Rojas se escabulle volviendo a su oficio de consueta en una compañía que parte de gira al sur. Embarcando en Puerto Montt se entera de que Gómez Rojas, su maestro, amigo y mentor, ha muerto en la Casa de Orates, doblegado por la brutalidad de los carceleros y el ensañamiento del juez Astorquiza.

## PENSAMIENTO, RECUERDO Y ESCRITURA

Cuarenta años después Rojas evocará esa vida, iniciando la escritura de *Sombras contra el muro* (1963) y, luego, su última novela, *La oscura vida radiante* (1971), la más extensa y la que contiene la mayor cantidad de reflexiones documentadas sobre los agentes sociales que participan de la construcción de la sociedad chilena. Su recuerdo, su faena “arqueológica”, ocurre en medio del ambiente de los años 60, cuando la esperanza de ver al pueblo en el poder parecía renovarse en la figura de Allende en cuyas campañas Rojas había colaborado. En las novelas se respira y se lee la desconfianza hacia políticos, militares e, incluso, estudiantes y se fortalece la fe en el pueblo trabajador: “Tú, panadero, o tú, carpintero o mecánico, eres el único que podrías cambiar algo o todo. Mientras alguien pueda vivir de tu trabajo, seas tú

---

<sup>89</sup> Brutal fue lo que ocurrió el 27 de julio de 1920 en Punta Arenas: el ejército asaltó e incendió la sede de la Federación Obrera de Magallanes, disparando a los trabajadores que trataban de huir del edificio en llamas.

obrero o campesino, vivirá, y vivirá sin el menor remordimiento por ello, al contrario, hará lo posible para que siempre sea así” (Rojas, *La oscura...* 350).

A esto se agrega su adhesión a la Revolución sustentada por el pueblo cubano que, para él, como para numerosos intelectuales de esos años, era la materialización de una utopía. Por eso, tal vez, Rojas declara, cuando por fin Allende logra la presidencia, que lo que se ha alcanzado y apoyado es un gobierno constitucional y no una revolución, ni siquiera una con “sabor a vino tinto y empanadas”, como dijera Salvador Allende:

Los que votamos por el programa de la Unidad Popular, por lo menos los que sabíamos lo que hacíamos, estábamos convencidos de que se trataba de una elección constitucional, no de una revolución, y a eso, creo yo, debemos atenernos. Hay una mística de la normalidad constitucional y sólo una revolución podrían terminar con esa mística y crear otra. ¿Es tiempo de hacerla? Ni pensarlo, aunque la desearía, la deseáramos (Lavín Cerda 12).

Según Rojas el pueblo alcanzará efectivamente el poder cuando logre la preparación necesaria para manejarlo, y ese momento no ha llegado todavía: “Cuando estén capacitados tomarán el poder, no te quepa duda, pues entonces sabrán que el poder debe ser para ellos; pero hay que esperar [...]. Alguien abrirá las compuertas algún día, y ese alguien sabrá por qué las abre, para qué; pero ese alguien está por venir” (id.).

A comienzo de 1973 la protesta y el descontento hacia el gobierno de la Unidad Popular tomaba distintas formas<sup>90</sup>, entre ellas los incesantes golpeteos de ollas. Rojas, convaleciente en una casa del barrio alto, donde el ruido se hace intenso por las noches, pide que no le cierren las ventanas: quiere oír para que el bullicio conspirador aliente y mantenga encendida aún más su llama revolucionaria<sup>91</sup>.

Y en esos manuscritos, mencionados al comienzo de estas líneas, escritos con una caligrafía descuidada, tal vez con la prisa del anciano que no quiere olvidar nada, sin tiempo para sucesivas y minuciosas correcciones, Rojas reúne las que considera ideas centrales del pensamiento anarquista en una suerte de manifiesto esencial: la

---

<sup>90</sup> A mediados de 1972, cuando la pugna partidista al interior de la Unidad Popular comenzaba a crecer, Rojas advierte las fisuras que afectan al llamado “proceso revolucionario”. Personifica su adhesión en Salvador Allende, su amigo por varios años, y no en el grupo de partidos en conflicto que integran la Unidad Popular, advirtiendo que ninguna revolución es posible si es conducida por distintas cabezas. Ante el desordenado y sombrío panorama no descarta una dictadura de corta duración para poner en orden las cosas. Su muerte, a inicios de 1973, le impidió ver cómo una dictadura de muy distinto origen y pensamiento echaba por tierra el propósito revolucionario de Allende. “Trizaduras” en diario *Clarín*, s/f.

<sup>91</sup> Testimonio recogido en conversación con su hija Paz Rojas Baeza en el año 2015.

supresión del estado gobernante y de la propiedad privada, la riqueza en manos de quienes la producen y la construcción de una sociedad basada en la cooperación. Y las diferencias del discurso marxista en un punto esencial: si Lenin asegura que el Estado desaparecerá cuando la Dictadura del Proletariado se consolide y tenga plenos poderes, los anarquistas prefieren que desaparezca antes, para no permitir que el Estado se tiente y no quiera diluirse.

Pocos días antes de morir Rojas viajará a la costa central de Chile para ver el mar por última vez. No tiene ya la fuerza suficiente para acercarse a la playa ni sentarse en los requeríos como lo hiciera alguna vez Eliseo Wagner, compañero anarquista de Aniceto:

y va hacia las rocas, se sienta, pone una mano detrás de la oreja y canta con voz muy dulce. Debe llegar un instante en que la dulzura de su voz se encuentre, dentro de él, con el deseo de libertad y tal vez de amor que sale del corazón humano, por enfermo que sea y a veces por eso mismo, y eso será lo que busca y eso o algo como eso debe ser el anarquismo. Yo lo siento, pero no puedo decirlo bien (*Sombras... 77*).

Pero finalmente lo dijo y lo dijo bien. Porque el ideario de Rojas no solo se construyó de la lectura de infinitas páginas sobre ideas revolucionarias en las ediciones traducidas de Bakunin, Stirner, Reclus o Malatesta, sino que también fueron los hechos de su vida los que germinaron en un núcleo poderoso de emociones, de las experiencias sensibles necesarias y válidas para la formación de su pensamiento que procuró conservar hasta sus días finales de viejo narrador y a pesar de su “solitario trabajo de escritor”.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Ignacio. *Novela y Nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad*. Santiago: Ediciones U. Alberto Hurtado, 2009.
- Benjamin, Walter. *Crónica de Berlín*. Madrid: Abada Editores, 2015.
- Craib, Raymond. *Santiago subversivo 1920. Anarquistas, universitarios y la muerte de José Domingo Gómez Rojas*. Santiago: Lom, 2017.
- González Vera, José Santos, “Manuel Rojas”. *Letras*, 6, Santiago, 21 de agosto de 1928.
- Grez Toso, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de la ‘Idea’ en Chile, 1893 - 1915*. Santiago: Lom, 2007.
- Guerra C., Jorge. *Un joven en La Batalla*. Santiago: Lom, 2012.
- Harambour R., Alberto. *La Sociedad de Resistencia de Oficios Varios y el ‘horizonte anarquista’*. Santiago, 1911 - 1912. En Lucía Stetcher y Natalia Cisternas (eds.). *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*.

- Santiago: Centro de Estudios Culturales de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2005.
- Lagos Mieres, Manuel. *Experiencias educativas y prácticas culturales anarquistas en Chile (1890-1927)*. Centro de Estudios Sociales Inocencio Pellegrini Lombardoizzi/Santiago: Quimantú, 2013.
- Lavín Cerda, Hernán. “*Las cartas boca arriba*”. Entrevista a Manuel Rojas. *Mayoría*, Santiago, 26, 12 abril 1972.
- Molina, Julio y Juan Agustín Araya (O. Segura Castro). *Selva Lirica*. Santiago: Soc. Imp. y Lit. Universo, 1917.
- Rojas, Manuel. Documentos 06-01-18-01. Archivo M. Rojas, CELICH UC.
- . *Sombras contra el muro*. Santiago: Quimantú, 1973.
- . *La oscura vida radiante*. Buenos Aires: Sudamericana, 1971.
- . *La prosa nunca está terminada*. Santiago: Ediciones UDP, 2013.
- . *A pie por Chile*. Santiago: Catalonia: 2016.
- . *Imágenes de infancia y adolescencia*. Santiago: Tajamar, 2016.
- Rojo, Grínor. “La Contra ‘Bildungsroman’ de Manuel Rojas”. *Revista Chilena de Literatura* (2009): 1-29.